

"Ve a mis hermanos y diles" (Jn 20,17). Encuentros que alientan la fe.

Madrid, 29 de nov. - 1 de dic. 2013
miryamartin@hotmail.com

Objetivos:

- Revitalizar la fe que nace del encuentro.
- Acoger la llamada a anunciar la buena noticia generando procesos y relaciones en comunión.

Contenidos:

Viernes, 29 de noviembre:

Introducción: *"La tarea del mundo de hoy es la de creer". K. Rahner*

Testigos de fe:

Pablo. "Sólo el amor es de verdad provechoso".

El carcelero que preparó un banquete y celebró con toda su familia la alegría de haber creído en Dios.

La salvación es el destino de la fe.

Reflexión compartida en la asamblea: "¿Qué debemos hacer, hermanos?" (Hch 2, 37)

Sábado, 30 de noviembre:

La fe que nace de la escucha y el encuentro con la Palabra.

Testigos de fe: Encuentro de amistad, liberación y alianza.

Effatha. ¡Ábrete! Que habite en ti la Palabra. (Mc 7, 31-34).

Reflexión compartida en la asamblea: "Ésta Palabra está a nuestra puerta y llama; si abrimos, ella entra y cena con nosotros" (Ap 3,20).

"Creemos porque amamos". La fe como expresión del amor y la misericordia.

Las relaciones de Jesús: inclusión y mesa compartida.

"Ve a mis hermanos y diles" (Jn 20,17).

Reflexión compartida en la asamblea: "Les contó lo que Jesús le había dicho" (Jn 20,18)

Domingo, 1 de diciembre:

La relación y el encuentro, caminos de la nueva evangelización.

Creer que es posible hoy.

El encuentro es una actitud interior, una manera de ser.

La fe que nace del encuentro: Testigos que reconocen, se ponen en camino, crean comunidad y anuncian al Dios vivo. (Lc 24,13-35).

Reflexión compartida en la asamblea: "Encontraron reunidos a todos los demás y contaron cómo lo había reconocido".

Conclusión: ¡Hágase! La respuesta compartida de quienes acogen su Palabra.

INTRODUCCIÓN. La tarea del mundo de hoy es la de creer

Una de las reflexiones que más valoro en el recorrido de este año sobre la fe ha sido la que se recoge en la aportación de Juan Martín Velasco en el libro *“Fijos los ojos en Jesús”*¹. Su aportación tiene este comienzo tan imprescindible citando a K. Rahner:

“Cada época -escribió K.Rahner- tiene su propia tarea en la presencia de Dios. La tarea del mundo de hoy es la de creer. Porque hoy ya no se trata de esta o de aquella creencia, de este o de aquel artículo de fe, sino de la fe misma, de la posibilidad de creer, de la capacidad del hombre para entregarse totalmente a una única, clara y exigente convicción” y tras referirse a los profundos cambios de todo tipo que estaban produciéndose concluye: “Todo esto constituye una amenaza, un desafío, un riesgo para la fe y para la misma capacidad humana de creer. La fe de hoy se caracteriza por ser una fe puesta en peligro”.

Necesitamos acoger hoy la pregunta por la fe y empezar por preguntarnos por nosotros mismos ante la fe. **¿Quién soy? ¿Qué me sostiene? ¿Cómo me nombras, Señor?** Ante estas preguntas, recordamos a Pedro en la pregunta que se le hace sobre el amor en su vida “Pedro, ¿me amas?”. Ante esta pregunta necesaria, la respuesta que más nos acerca al misterio es confesar: “Tú lo sabes todo, Señor”...

¿QUIÉN SOY? (Dietrich Bonhoeffer)²

¿Quién soy?

—me preguntan a menudo—,
que salgo de mi celda,
sereno, risueño y firme,
como un noble en su palacio.

¿Quién soy?

—me preguntan a menudo—,
que hablo con los carceleros,
libre, amistosa y francamente,
como si mandase yo.

¿Quién soy? —me preguntan también—

que soporto los días de infortunio
con indiferencia, sonrisa y orgullo,
como alguien acostumbrado a vencer.

¿Soy realmente lo que otros dicen de mí?

¿O bien sólo soy lo que yo mismo sé de mí?

Intranquilo, ansioso, enfermo,
cual pajarillo enjaulado,
pugnando por poder respirar,
como si alguien me oprimiese la garganta,
hambriento de olores, de flores,
de cantos de aves,
sediento de buenas palabras

y de proximidad humana,
temblando de cólera ante la arbitrariedad
y el menor agravio,
agitado por la espera de grandes cosas,
impotente y temeroso por los amigos
en la infinita lejanía,
cansado y vacío para orar, pensar y crear,
agotado y dispuesto a despedirme de todo.

¿Quién soy? ¿Éste o aquel?

¿Seré hoy éste, mañana otro?

¿Seré los dos a la vez?

¿Ante los hombres, un hipócrita,
y ante mí mismo, un despreciable
y quejumbroso debilucho?

¿O bien, lo que aún queda en mí
se asemeja al ejército batido
que se retira desordenado
ante la victoria que creía segura?

¿Quién soy?

Las preguntas solitarias se burlan de mí.
Sea quien sea, tú me conoces,
tuyo soy, ¡oh, Dios!

¹ Juan Martín Velasco, «Ser creyente hoy» en AAVV, *Fijos los ojos en Jesús. En los umbrales de la fe*. PCC, Madrid, 2012.

² Pastor y teólogo alemán del siglo XX.

Ante una pregunta que nos afecta y conmueve tan profundamente, sólo podemos responder desde la mirada misericordiosa de Dios. Nosotros solos podemos caer en el más profundo del sin sentido o desesperación o en el error de creernos ya del todo justificados.

PABLO “SÓLO EL AMOR ES DE VERDAD PROVECHOSO”

Solamente el amor nos acerca al misterio de Dios. “Pero el saber engríe: sólo el amor es de verdad provechoso. Si alguno cree que sabe algo, es que todavía ignora cómo hay que saber. Pero si ama a Dios, entonces Dios está unido a él” (1Cor 8, 1-11).

“El amor no pasa jamás... ahora vemos como en un espejo y oscuramente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente: entonces conoceré como Dios mismo me conoce. Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor; pero la más excelsa de todas es el amor (1Cor 13,13).

“Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien procede toda la familia en los cielos y en la tierra, para que, conforme a la riqueza de su gloria, os robustezca con la fuerza de su espíritu, de modo que crezcáis interiormente. Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que viváis arraigados y fundamentados en el amor. Así podréis comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, una amor que supera todo conocimiento y que os llena de la plenitud misma de Dios” (Ef 3,14-19).

Doblo mis rodillas ante el Padre

Otros pasajes del evangelio nos hablan de esta misma postura que adopta Jesús; en Getsemaní: “Se alejó de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló y estuvo orando así: - Padre, si quieres aleja de mí esta copa de amargura; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Hech. 20:36 “Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas y oró con todos ellos. Todos rompieron a llorar, abrazaban a Pablo y lo besaban. Estaban apenados sobre todo porque les había dicho que no lo volverían a ver más”.

Mt 20,20 “La madre de los Zebedeos se acercó a Jesús con sus hijos y se arrodilló para pedirle un favor”

Otras posturas en oración que se recogen en los evangelios:

Mt 26, 27 “se sentó a la mesa ... y bendijo”

Mt. 26:39 “avanzando un poco más cayó rostro en tierra”

Lc. 18:13 “El publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Dios mío, ten compasión de mí que soy un pecador”.

De quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra

En esa frase se recoge la dimensión de acogida universal, de inclusión de toda la humanidad. Esta frase significaba mucho para que los judíos reconocieran que los gentiles también “toman nombre” de Dios.

Os robustezca con la fuerza de su espíritu

“Por eso no desfallecemos; al contrario, aunque nuestra condición física se vaya deteriorando, nuestro ser interior se renueva día a día. (2Cor 4,16).

Habite por la fe en vuestros corazones, arraigados y fundamentados en el amor

La palabra "habitar" (katakeo) sugiere la residencia permanente en contraste con paroikeo que significa una estancia temporal.

"arraigados", teniendo raíces fuertes; "enraizados y fundamentados en él, manteneos firmes en la fe y vivid en permanente acción de gracias" (Col. 2,7).

"cimentados en amor", “porque sólo el amor alumbró la maravilla, convirtió en milagro el barro”

Así poder comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo

Conocer, comprender, en sentido bíblico es entrar en comunión profunda de vida y de destino con una persona.

Entrar en comunión con todas las dimensiones de la persona, en integridad.

Cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo. (San Bernardo)³

*“¿Qué es Dios entonces? Largura. ¿Y qué es largura? Eternidad. Es tan larga que no tiene límites ni de espacio ni de tiempo. También es anchura. ¿Qué es anchura? Amor. ¿Qué barreras puede encontrar el amor en un Dios que no aborrece nada de lo que ha hecho? Hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos. Su regazo acoge incluso a los enemigos, y no contento con esto, su amor se abre hasta lo infinito. Por eso supera cuanto podemos sentir y conocer, como dice el Apóstol: Conocer lo que supera todo conocimiento, el amor de Cristo. ¿Qué más puedo decir? Su amor es eterno. Todavía más: su amor es eternidad. ¿Ves como su anchura es igual que su largura? Ojalá puedas comprender no ya que son iguales, sino sobre todo que se identifican entre sí. Una es igual a la otra; una sola, lo que son las dos; y juntas, lo que es una sola. **Dios es eternidad. Dios es amor.** Largura sin alargamiento: anchura sin extensión. Porque en ambas está él por encima de todo límite y estrechez de espacio y tiempo, pero por la libertad de su ser y no por la extensión enorme de su sustancia. Así es de inmenso el que todo lo hizo según una medida; y aunque es inmenso, es la única medida de su misma inmensidad.*

*¿Qué más es Dios? Altura y profundidad. Por lo primero está por encima de todo; por lo segundo, dentro de todo ser. Claro es que en la divinidad nunca se desequilibran sus atributos; Dios se mantiene siempre constante en sí mismo y permanece inmóvil en él. **En su altura considera su poder; en su profundidad, su sabiduría.** Ambas realidades se corresponden por igual: su anchura es inalcanzable y su profundidad impenetrable. Este pensamiento provocó la*

³ San Bernardo, *De Consideratione ad Eugenium Papam*

admiración de Pablo, hasta exclamar: ¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastrables sus caminos! También nosotros podemos exclamar con él, al contemplar la unidad simplicísima que en Dios y con-Dios constituyen estos dos atributos. ¡Oh poderosa sabiduría que alcanza con vigor de extremo a extremo; oh poder lleno de sabiduría que gobierna el universo con acierto! Una única realidad con múltiples efectos y operaciones las más diversas. Esa misma realidad es largura por su eternidad, anchura por su amor, altura por su poder y profundidad por su sabiduría”.

Conocer un amor que supera todo conocimiento

Es difícil encontrar las palabras adecuadas para describir este amor; manantial inagotable, riqueza insondable, amor que excede todo cuanto existe y todo cuanto se pueda conocer... Pero sí podemos conocer el amor de Jesús y nuestra comprensión crece con la experiencia de vivir por Él. Todos vamos teniendo experiencia de la gran diferencia que separa el conocimiento intelectual del conocimiento experiencial, pero **lo que mejor puede describir este modo de conocimiento es que está basado y fundamentado en el amor.**

“Vivir sin acomodarnos a los criterios de este mundo; transformando nuestro interior, podremos descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12,2).

Que os llene de la plenitud misma de Dios

Pablo utiliza en numerosas ocasiones la palabra plenitud:

“plenitud del que llena totalmente el universo” (Ef 1,23)

“Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe... hasta que alcancemos en plenitud la talla de Cristo” (Ef 4,13).

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios.

Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: “Abba”, es decir “Padre”. De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y como hijo, también heredero por gracia de Dios” (Gal 4,4-7).

En el momento más importante de las cinco peticiones que recoge el texto de Pablo, expresa ahora el deseo de ser espacio de gracia, seno que haga crecer la vida misma de Dios. “Sed llenos del Espíritu”.

El carcelero que preparó un banquete y celebró con toda su familia la alegría de haber creído en Dios.

En ciertas ocasiones nos encontramos con cuestiones que, lejos de pretender ocuparnos en dar con la respuesta cierta nos abren a una nueva dimensión, ahondan el sentido de la vida y permiten que nos acerquemos al misterio de una manera diferente a como anteriormente se nos había posibilitado. Tal vez una de esas preguntas, desde la fe, es la que hace el carcelero que narra el libro de los Hechos a Pablo y los suyos... “¿Qué debo hacer para salvarme?”

La misión de Pablo en Filipos, importante colonia romana de la provincia de Macedonia, primera ciudad griega evangelizada por Pablo y con la que se sintió siempre especialmente vinculado, se resume en el encuentro con Lidia y la conversión del carcelero.

El texto nos narra cómo Pablo y Silas son llevados ante la plaza pública y acusados de alborotar con sus predicaciones y seguidamente:

“La gente se amotinó contra ellos, y los magistrados ordenaron que los despojaron de sus vestiduras y los azotaron con varas. Después de una severa flagelación, los metieron en la cárcel y encargaron al carcelero que los guardase con cuidado. El carcelero, siguiendo a la letra la orden, los metió en el calabozo más seguro y les sujetó los pies en el cepo.

A medianoche, Pablo y Silas oraban entonando himnos a Dios, mientras que los otros presos los escuchaban. De repente, se produjo un gran terremoto, que sacudió los cimientos de la cárcel; se abrieron solas todas las puertas y a todos los presos se les soltaron las cadenas. Al despertarse el carcelero y ver abiertas las puertas de la cárcel, sacó un puñal con intención de suicidarse, pensando que los presos se habrían fugado. Pero Pablo le gritó:

- No te hagas daño, que estamos todos aquí.

El carcelero pidió una antorcha, entró en el calabozo y se echó temblando a los pies de Pablo y Silas. Después los sacó fuera, y dijo:

- Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?

Ellos le respondieron:

Si crees en el Señor Jesús, os salvaréis tú y tu familia.

Luego le explicaron a él y a todos sus familiares el mensaje del Señor. En aquella misma hora de la noche, **el carcelero los tomó consigo, les lavó las heridas y a continuación recibió el bautismo con los suyos. Después, preparó un banquete y celebró con toda su familia la alegría de haber creído en Dios**”. (Hch 16, 22-34).

16,17 El carcelero despertó

A pesar de que Pablo y Silas estaban cantando en oración, el carcelero dormía. El texto apunta que los otros presos sí escuchaban las oraciones. Sólo cuando llega el terremoto el carcelero despierta atemorizado. El temblor y las sacudidas provocadas por el terremoto lo despertaron. Se despertó y se dio cuenta de la situación tan terrible en la que se encontraba.

16,27 Estaba completamente desconcertado

“... viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar” Tomo

conciencia de la tragedia que le venía. La ley Romana ordenaba que un carcelero al que se le escapaba un preso, debía morir con la muerte a la que estaba condenado el preso que se le escapara. Sabía que eso era su perdición. Reconoció que no tenía ninguna oportunidad de recibir misericordia y perdón, nada podía él hacer para que le perdonaran la vida, su suerte estaba echada, lo iban a matar de una manera cruel, espantosa y despiadada.

16,28 “No te hagas ningún mal pues todos estamos aquí”

En medio de su desesperación sí puede escuchar una frase: “No te hagas ningún mal pues todos estamos aquí”. Es la presencia de otros la que le abre a la posibilidad a la esperanza. Hay una salida, la de abrirse al encuentro y custodiar no la privación sino la vida y la libertad.

16,29 Pidió una antorcha

Se encontraba en la oscuridad y tinieblas de la cárcel, pero al recibir esa frase de consuelo, de posibilidad de seguir agarrado a una vida nueva en compañía de otros, es capaz de reconocerse en oscuridad y pedir la luz que necesitaba.

16,30 Y después de liberar a los que estaba custodiando en prisión pregunta ¿qué debo hacer para salvarme?

Había despertado de una terrible realidad, ayudó a salir fuera a los que estaban encarcelados y se dejó encontrar por el misterio ¿qué debo hacer para salvarme?

En Lucas 10,25-37 vemos que Jesús nos presenta la parábola del buen samaritano en respuesta a la pregunta de uno de los intérpretes de la ley: “¿Maestro, qué debo hacer para heredar la vida eterna?” Jesús le responde con la narración de una parábola que concluye con el mensaje: “Ve, y haz tú lo mismo”.

El carcelero recibe la llamada a creer en Jesús e inmediatamente, “aquella misma noche, los tomó consigo, les lavó las heridas y a continuación recibió el bautismo con todos los suyos. Después los llevó a casa, preparó un banquete y celebró con toda su familia la alegría de haber creído en Dios”.

La salvación es el destino de la fe

El texto que acabamos de comentar nos permite situarnos en la experiencia de la fe desde su **dimensión liberadora, fraterna, comprometida y nos acerca al misterio de la plenitud** que se nos regala en gesto de desbordante amor “preparando el banquete definitivo del Reino”.

La salvación sigue provocando malestar al tiempo que es expresión de anhelo y esperanza. La dimensión positiva de evocar lo más deseable en el mundo, provoca también el malestar del discurso sombrío que parte de la idea de pecado y caída a la que sin remedio nos sentimos abocados y de ahí la necesidad de ser salvados. **Algunos temas ambiguos de nuestra historia de fe parecen conducirnos a Dios por el miedo.** El exceso de moralización ha puesto en peligro la experiencia de salvación y el encuentro con Dios.

Sin embargo, la idea de salvación es ante todo una idea positiva recogida en palabras como *salvus* (fuerte, sano, sólido, preservado) y *salvare* (hacer fuerte, guardar, conservar). **Salvar es llevar a una persona hasta el fondo de sí misma, permitir que se realice, hacer que encuentre su destino y vocación.** Se trata de un anhelo de toda la humanidad. Antes de nada, entra en contacto con la idea de plenitud porque el destino es la vida.

“Ahora, liberados del pecado y convertidos en siervos de Dios, tenéis como fruto la plena consagración a él y como resultado final la vida eterna” “Dios nos ofrece como don la vida eterna” (Rom 6, 22ss).

Estamos llamadas a esa vida como a nuestro destino. “Hasta la plena realización de nuestra esperanza” (Heb 6,11). “Pues la salvación es el destino de la fe” (1Pe 1,9). “Nos ha dado la vida y vida en plenitud” (Jn 10,10).

Al mismo tiempo, la salvación asume la dimensión de liberación porque hay dificultades en el camino de salvación-plenitud. Se nos concede también el anhelo como humanidad y el compromiso como fraternidad de buscar la realización de toda vida y eso implica procesos históricos que nos ayuden a librarnos de todo lo que dificulte la plenitud de la vida. **Esto forma parte del núcleo de nuestra fe, como lo fue en la vida de Jesús.**

Los obstáculos en la fe se encuentran en todo lo que como persona y como humanidad impide acceder a lo que podemos llegar a ser. No estamos hechos para la muerte sino para la vida y la vida implica posibilidad y generación de igualdad, justicia y cuidado de los más vulnerables, cambio en las estructuras de un orden establecido que genera tantas vidas abocadas a la muerte temprana, a la falta de posibilidad de esperanza y futuro, un orden basado en el dominio de los que manipulan e invisibilizan la vida de millones de personas para agrandar el nunca saciado hambre de poder y riqueza.

Acoger la pregunta por la fe nos empuja, como al carcelero de Filipos, a **tomar la vida de los otros como si de la nuestra se tratara y reconocer que en los otros está la posibilidad de salir de la oscuridad de custodiar cárceles para recibir la luz de custodiar-cuidar la vida y las posibilidades de plenitud.**

Reflexión compartida:

“¿Qué debemos hacer, hermanos?” Hch 2, 37

¿Cómo podemos nosotros, los cristianos de fe débil, de los que se dice, tal vez con razón, que estamos afectados por la crisis de Dios, “aprender a creer”?

LA FE QUE NACE DE LA ESCUCHA Y EL ENCUENTRO CON LA PALABRA

Mediante la Palabra podemos profundizar el sentido de las cosas, darlas un nombre, humanizarlas, comunicarlas. **Ante la palabra, nuestro ser más profundo se estremece:** “Yo duermo, pero mi corazón vigila ¡un susurro! Es mi amado que llama... mi ser se ha sobresaltado al oír su voz” (Ct 5,2-4).

La escucha de la Palabra da comienzo a la gran aventura, a la búsqueda del otro (Ct 3,1-3) que une a todos: “¿dónde se ha escondido tu amado para que podamos buscarlo contigo?” (Ct 6,1).

Somos esencialmente “seres visitados” y la casa de su acogida y hospitalidad es la palabra. Quien sabe cuidar y guardar esa palabra se convierte en morada de la experiencia, de los encuentros, de las personas que lo visitan. Y así nos vamos preparando para acoger y albergar la Palabra de Dios y el don de la fe. Nuestra vida, a la escucha de la Palabra es un continuo caminar hasta llegar a identificarnos con la palabra que Dios ha dicho para mí. Ésta Palabra está a nuestra puerta y llama; si abrimos, ella entra y cena con nosotros (Ap 3,20).

El Antiguo y el Nuevo Testamento nos descubren el itinerario de la Palabra de Dios: Crea el mundo (Gn1), llama a personas que se convierten en mediadores de salvación (Gn 12; Ex 3,7), lleva a cumplimiento las promesas de la tierra prometida (Jos 1,1; 21, 43-45), es dirigida a los profetas de Israel (Os 1,1; Jer 1,2 etc.) toma rostro humano en Jesús de Nazareth (Jn 1,1-14), se difunde, crece, se afirma con fuerza con la expansión de la buena noticia (Hch 6,7; 12,24; 19,20), nos anticipa el comienzo del mundo nuevo (Ap 19, 11-16; 21,1).

Encuentro de amistad, liberación y alianza

“En esta Revelación, el Dios invisible (Col 1,15; Tm 1,17) habla a los hombres como amigos (Ex 33,11; Jn 15, 14-15), movido por su gran amor y trata con ellos (Ba 3,38), para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él” (DV 2).

Se describe la Revelación de Dios desde la *palabra*, y más aún, en *dialogo amistoso*.

Ex 33,11: “*El Señor hablaba a Moisés cara a cara, lo mismo que un hombre habla con su amigo*”

Moisés no es sólo el mediador del éxodo y la alianza; en su experiencia se cumple y se expresa el plan de Dios sobre Israel y sobre toda la humanidad. Los diversos “**éxodos**” de Moisés expresan también el itinerario de quien escucha en fidelidad la Palabra de Dios: “**Salir hacia los hermanos y hermanas oprimidos**” (Ex 2,11). Descubre la presencia de Dios en la zarza que arde sin consumirse y escucha la palabra de Dios que le encomienda la misión de liberar a su pueblo junto a su presencia: “Ahora ve... saca de Egipto a mi pueblo... Yo estaré contigo” (Ex3, 10-12). Y conduce al pueblo al Sinaí para que todos escuchen la voz de Dios (Ex 19-24). Entra en la “tienda del Encuentro” para conocer a aquel Dios que “le habla cara a cara, como un hombre le habla a un amigo”

(Ex 3,11). El redactor bíblico ha tratado de expresar la inexpresable intimidad de Dios con Moisés dentro de la categoría de diálogo amistoso, vehículo de la más profunda comunión⁴. Y Moisés, empujado y animado por aquel diálogo entrañable, se pone en camino para el último “éxodo” gritando: “¡Señor! Haz que vea tu rostro, tu gloria” (Ex 33, 18-23) Moisés, mediación en la liberación tiene sed de contemplación. Esta doble nostalgia le acompañará en el momento final de su vida: la tierra y el rostro personal de Dios.

Ba 3,38: “La Sabiduría se ha derramado sobre la Tierra y ha conversado con los hombres”

La Palabra que Dios ha comunicado a los hijos de Abraham (Ba 3,37) para que ellos a su vez se la comuniquen a los hijos de Adán. Dios, conversando con su pueblo, pretende comunicarse con cada persona.

Jn 15, 14-15: “Vosotros sois mis amigos... no os llamaré ya siervos, sino que os llamo amigos”

La Palabra de Dios se hizo carne, presencia, diálogo amistoso. **Escuchar la palabra es creer en Jesús, “ver dónde habita”, “quedarse con él”**. Aquellos que escuchan la Palabra se hacen “los amigos de Jesús”, de los suyos, en una elección libre y gratuita, fidelizada en el acto de su ágape, que es la entrega de su vida por amor. Ya no existen secretos para las discípulas y discípulos convertidos en “amigos”: Jesús les comunica la Revelación entera “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6-7) y lo llegarán a comprender con el don del Espíritu (Jn 14, 25-26)

A estos textos podríamos añadir Is 41,8, pasaje donde Dios llama a Abraham “amigo mío”. La aventura de la escucha de la Palabra de Dios comienza en Abraham. El relato bíblico nos presenta un Dios “que no puede tener escondido su plan a Abraham” (Gn 18,17) que incluso acepta su invitación a “confortar el corazón” y a “comer” fuera de la tienda. (Gn 18, 1-8). La historia bíblica se inicia con una doble nostalgia: Dios tiene nostalgia del hombre y Abraham tiene nostalgia del Dios único.

“Mirad la roca de la que fuisteis tallados, la hondura de la que fuisteis extraídos; mirad a vuestro padre Abraham, y a Sara que os dio a luz”. (Is 51,1-2)

Al revelarse, Dios habla el lenguaje de la amistad y del amor:

Dios llama, convoca, nos interpela con su palabra; los creyentes que escucha, acogen y viven la Palabra de Dios, son los “Kletoi”, es decir, los llamados; la comunidad de los creyentes es la Ekklesía, la asamblea de quienes son llamados.

Dios narra, interpreta nuestra vida, la existencia y la historia. La Palabra de Dios pone al descubierto el misterio de la humanidad, se hace “autocomprensión” ya que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Dt 8,3). La persona puede llegar a conocerse a sí misma y la plenitud de su ser y destino no a través de lo que él mismo realiza, busca y logra por su

⁴ G. AZOU, De la servidumbre al servicio, FAX; Madrid 1972.

experiencia, sino escuchando la Palabra de Dios⁵.

Dios se expresa, habla de sí mismo, se revela a sí mismo y nos revela su vida íntima para invitarnos y admitirnos a la comunión de vida con Él. No habla a distancia, sino haciéndose presente: lleva el nombre Yahvé, es decir, *el que está ahí, el que está presente, está con*⁶, es el Emmanuel, Dios con nosotros.

CORAZÓN DISPUESTO PARA LA ESCUCHA

Si la Palabra de Dios nos habla, busca, llama e invita; entonces debe ser, antes de nada, *escuchada*. La espiritualidad bíblica es ante todo una espiritualidad de escucha.

La escucha es condición para **acoger la palabra que otro me dirige**. También para escuchar la Palabra de Dios. La Palabra provoca la escucha.

Salomón dio muestras de una gran sabiduría cuando dirigió su oración a Dios, pidiéndole no una vida larga ni el reino o la muerte de sus enemigos, sino un “corazón bien dispuesto para escuchar” (1R 3, 9-12). María Magdalena puede reconocer a su Señor gracias a la escucha, a la disposición de su llamada y puede comprender así su mensaje y la misión que le encomienda.

Nuestra fe tiene su origen en una Palabra que Dios nos dirige⁷. Según el Nuevo Testamento **la fe es la respuesta a la Palabra de Dios y nace de la escucha** (Rm 10,17).

Constantemente se recuerda al pueblo creyente “Escucha Israel” (Dt 6,4; 9,1). También lo encontramos en Jesús “escuchad” (Mc 4,3; Mt 13,18). Pero además de invitar a la escucha, Jesús añadía: “quien tenga oídos para oír que oiga” (Mc 4,9). Por un lado, por parte del oyente, la escucha requiere una cierta actitud. Pero hay otro movimiento necesario: una palabra, para poder ser escuchada, debe adaptarse a las condiciones del oyente a quien se dirige.

Si hoy escuchamos su voz...

K. Rahner solía decir que los seres humanos, y de un modo especial los cristianos, son **Oyentes de la Palabra**, es decir, seres que pueden escuchar la Llamada de Dios.

La escucha es un arte que requiere ejercicio, aprendizaje, tiempo, paciencia y, sobre todo, una serie de condiciones: crear interés, hacer silencio, reconocer la propia limitación, ...

La Palabra de Dios es buena noticia. Si no fuera así no podría interesar ni ser escuchada. El interés despierta el oído. De ahí que el orante pide al Señor que despierte su oído, para poder escuchar como un buen discípulo. Cuando está limitado el interés, también lo está el conocimiento. Hay conocimientos que sólo llegan cuando se los desea. El evangelio de Juan

⁵ Este carácter “antropológico” de la revelación está ampliamente expresado en la Gaudium et Spes del Vaticano II.

⁶ Según la interpretación más probable del nombre de Yahvé, revelado por Dios a Moisés (Ex 3,13-15); G. AZOU, o.c.

⁷ Por eso, al contrario de lo que ocurre en otras religiones en las que importan los visionarios, en el cristianismo (y el judaísmo) importan los oyentes.

dice que Dios se da a conocer al que le ama (Jn 14,21), pues hay una sabiduría que sólo es hallada por los que la buscan y la desean (Sab 6,12-13).

Hay que dejar a un lado el ruido de tantas preocupaciones personales para centrarnos en lo que de verdad vale la pena. Una imagen bíblica podría servir para describir algunas situaciones actuales: “soledad poblada de aullidos” (Dt 32,10). Pero también es cierto que en ocasiones lo que hace falta es que nuestra existencia se llene de voces, voces de preocupación y consuelo, voces de dolor y también de alegría, voces de compartir y de fiesta. El silencio no es simplemente callar. Es también atender al otro, escucharle, comprender su problema. Y para vivir con sentido y profundidad todo ello, es necesario el silencio. En ese espacio de silencio que hay en mí, donde nadie puede entrar sino yo, no estoy sola, “me acompaña, en vela, la pura eternidad de cuanto amo”⁸.

Estar en disposición de escuchar es estar en disposición de reconocer la propia limitación. Hay mucho que aprender, mucho que recibir de los otros. No somos poseedores de la verdad y no siempre tenemos razón. Quien piensa que todo lo sabe no está dispuesto a escuchar nada. La paciencia, el deseo de aprender y, sobre todo, la humildad, la capacidad de autocrítica, son condiciones esenciales de toda escucha. Y muy relacionado con esta actitud está el dejar que el otro sea otro, que la otra sea otra, no seleccionar sólo aquellas opiniones que coinciden con las nuestras, no evaluar lo que el otro dice desde mis propios esquemas. Escuchar es también dejarse sorprender, ponerse en lugar de los demás, dejar a un lado los propios esquemas y asumir que otros pueden ver las cosas de manera diferente. **Escuchar es estar dispuesta a convertirse, a cambiar.**

Escucha: ¡Amarás!

“Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo. Incúlcalas a tus hijos y háblales de ellas estando en casa o yendo de viaje, acostado o levantado; átalas a tu mano como signo, ponlas en tu frente como señal; escríbelas en las jambas de tu casa y en tus puertas”. (Dt 6,4-9).

El primer mandamiento o credo de Israel es una confesión y compromiso de amor. Ésta es la palabra esencial del judaísmo, éste ha sido y sigue siendo el punto de partida de la conciencia de amor de occidente (con el cristianismo y el Islam). **El pueblo nace y se configura escuchando una palabra de Dios, que le pone en pie y le capacita para responder amando, en gesto abierto al conjunto de la comunidad.**

Esta confesión es un credo de pacto, pues expresa e incluye la alianza de Dios con su pueblo. Es una **confesión afectiva y fundante**, pues no alude todavía a mandatos

⁸ Himno de la liturgia de Vísperas del jueves de la semana II.

concretos, sino a la raíz que los sustenta y unifica, vinculando al pueblo con Dios, en el amor o fidelidad básica. Es una confesión que brota de la revelación de Dios que el pueblo acoge, escuchando y respondiendo su palabra.

EFFATHA. ¡ÁBRETE; QUE HABITE EN TI LA PALABRA.

Mc 7, 31-34

“Dejó el territorio de Tiro y marchó de nuevo, por Sidón, hacia el lago de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis.

Le llevaron un hombre que era sordo y apenas podía hablar y le suplicaban que le impusiera la mano. Jesús lo apartó de la gente y, a solas con él, le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva.

Luego, levantando los ojos al cielo, suspiró y dijo:

- Effatha (que significa: ábrete).

Y al momento se le abrieron sus oídos, se le soltó la traba de la lengua y comenzó a hablar correctamente. El les mandó que no se lo dijeran a nadie, pero cuanto más insistía, más lo pregonaban. Y en el colmo de la admiración decían:

- Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos”.

Parece a primera vista un texto casi mágico, extraño; ni Mateo ni Lucas lo introducen en sus libros. Comienza siendo extraño su encuadre geográfico: Jesús sale de Tiro (donde ha curado a la niña pagana), pasa por el territorio de Sidón y, atravesando el mar de Galilea, llega a la zona central de la Decápolis (7,31). Esta serie de nombres resulta complementario respecto a la que ofrece Marcos en el capítulo 3, versículos 7-8: “Jesús se retiró con sus discípulos hacia el lago y lo siguió una gran muchedumbre de Galilea, también de Judea, de Jerusalén, de Idumea, de Transjordania y de la región de Tiro y Sidón acudió a él una gran multitud, al oír hablar de lo que hacía”. Se alude así a las tierras de origen de las gentes que salen de su zona y vienen a escuchar a Jesús, ofreciendo así una especie de mapa ideal del Israel escatológico. Ahora, en el capítulo 7, es Jesús quien sale rompiendo esas fronteras, en viaje misionero que realiza en el entorno del mar de Galilea, que aparece como un centro donde confluyen muchos pueblos.

Jesús no realiza su misión en una zona cerrada sobre sí. Desde el principio ha salido a los caminos, llamando a sus discípulos y abriendo su mensaje en las orillas de un mar de Galilea donde, al menos simbólicamente, se juntan diferentes países de judíos y paganos. En ese mar, que es camino abierto entre los pueblos, ha querido situar Mc 4,35-41 y 6,46-52 la tarea de la Iglesia.

Atraviesa Jesús aquel mar, y de esa forma pasa de una región pagana (Tiro-Sidón) a otra pagana (Decápolis). Jesús se acerca para ofrecer palabra al sordomudo. Este sordomudo que habita en el interior de la Decápolis pagana es signo de sus gentes, es decir, de los paganos que en otro tiempo no podían escuchar la voz de Dios ni responderle.

Jesús, en gesto cuidadoso de curación, saca al hombre fuera de la aldea, haciendo que se aleje del entorno hostil a la palabra.

- Toma al enfermo en privado, separándolo de la muchedumbre (7,33). De esa forma pone de relieve la exigencia de un contacto directo. Da la impresión de que el enfermo no ha recibido hasta ahora una atención personal; nadie ha llegado hasta el fondo de su vida y de su alma. **Jesús se le acerca, le toma consigo, le trata como hermano o amigo, iniciando una terapia de cercanía y conversión.**

- Mete sus dedos en el oído del enfermo (7,33), en gesto que dramatiza una experiencia interior, de **abrir cauce y liberación**, como si le dijera que no tema las voces que llegan, que no rechace la palabra que viene, que no encierre su vida en el miedo de un silencio, de una ley ya fija. Este sordomudo es una persona sin acceso personal a la palabra. Jesús abre con el dedo sus oídos, para que pueda recibir sin miedo la palabra del mensaje de liberación que llega.

- Jesús toca con su saliva la lengua del enfermo. La saliva es signo íntimo de la fuerza personal del ser humano. Ungir con saliva la lengua del sordomudo significa **fortalecer su boca, su lengua y su palabra**. Con ella trasmite Jesús al enfermo su más honda palabra: que no tenga miedo, que escuche y confíe en los otros. Cura con su propia saliva (aliento creador).

- Finalmente, Jesús mira al cielo, suspira y dice ¡Effatha! ¡ábrete! Que se abra el mismo cielo (Dios) ofreciendo su gracia al enfermo y que se abran los oídos y la lengua cerrada del enfermo. **“Que Dios os abra”**.

Es un **relato de nueva creación**: alza su voz y pide a Dios que rompa las cadenas de silencio que amordazan a los paganos del entorno; quiere ofrecerles la palabra, es decir, quiere que escuchen a Dios y le respondan.

El sordomudo es reflejo de una sociedad que encierra al ser humano en su silencio, impidiéndole escuchar y decir, comunicarse. Vive en una soledad enferma donde la mayor parte de los individuos resultan incapaces de acceder a la palabra. Los profetas de Israel usaban con frecuencia la «*sordera*» como una metáfora provocativa para hablar de la cerrazón y la resistencia del pueblo a su Dios. Israel «*tiene oídos pero no oye*» lo que Dios le está diciendo. Por eso, el profeta llama a todos a la conversión con estas palabras: «*Sordos, escuchad y oíd*».

El milagro de Jesús ha de entenderse como gesto de creatividad: que todos puedan acceder a la palabra, en conversación de libertad. **Es un verdadero ritual de comunicación y despliegue personal**. El sordomudo era signo de una humanidad que no ha tenido acceso a la palabra: las leyes del judaísmo le hacían incapaz de entender y hablar, convirtiéndole en puro espectador dentro de un sistema donde otros piensan y deciden en su nombre; el engaño del paganismo le ha impedido escuchar la voz de Dios y decirla en libertad. Es un enfermo, un viviente sin palabra. Sobre esa realidad expresa Jesús el poder de la palabra, poniendo en marcha para este enfermo un **proceso de comunicación humanizadora**.

Dentro del contexto de Marcos este milagro ha de entenderse como apertura del ser humano a la palabra; Jesús ha ofrecido los panes y los peces a los necesitados (6,30-44), ha presentado el sentido de la ley del corazón, discutiendo con los escribas (7,1-23), ha curado a la hija pagana... Para entender eso hace falta un **milagro de fe y de transformación humana** donde venga a culminar el signo de esos panes.

Los escribas judíos enseñan a sus discípulos la ley en largas sesiones elitistas que al final dejan al pobre de este mundo “sin palabra”. Jesús, en cambio, cura a los hombres y mujeres que están necesitados, sin palabra: les ofrece el pan y les abre a la comunicación, para que puedan habitar en familia, compartiendo el pan de la libertad y descubriendo juntos el sentido de la vida.

Reflexión compartida en la asamblea:

“Ésta Palabra está a nuestra puerta y llama; si abrimos, ella entra y cena con nosotros” (Ap 3,20).

CREEMOS PORQUE AMAMOS. La fe que nace del amor

Para Newman la fe es un don que se halla vinculado al amor.

“La fe y la esperanza son gracias de un estado imperfecto que cesarán con ese estado, pero el amor es más grande porque es la perfección [...] La fe no estará cuando haya visión, ni la esperanza cuando esté el gozo, pero el amor crece más y más hasta la eternidad. La fe y la esperanza son medios por los cuales expresamos nuestro amor: creemos en la palabra de Dios porque la amamos; esperamos el cielo porque lo amamos”.

La cuestión clave para Newman no es tanto cuáles son los argumentos a favor de la fe, sino más bien cuáles son **los factores personales que mueven de hecho a alguien en concreto a creer o no creer**. El corazón tiene “sus razones”. Nuestras creencias o la carencia de ellas, dependen de lo que pensamos que es verdad, y esto a su vez depende del tipo de personas que somos, y de cuáles son nuestros valores. La fe no es el resultado de una argumentación. Los argumentos a favor del cristianismo no pueden imponer la fe. Cada persona cree sobre la base del testimonio personal que es “el estado de su corazón”. Los argumentos resultan diferentes a cada persona. El acto de fe es el más libre de todos los actos, así también la expresión de la fe es la más personal de todas las expresiones. Esto no es un fideísmo, **es un encuentro**. Esa gran realidad que nos dijo Benedicto XVI en su carta Dios es amor: No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. Creemos porque amamos. Y luego amamos y despertamos al amor, porque creemos.

El verbo latino *credere*, según una de las posibles derivaciones procede de *cordare*, es decir, “dar el corazón” a alguien. La fe nace del encuentro y posibilita el conocimiento. **Por el amor, se crean los vínculos que nos abren al conocimiento profundo de los otros**. Acoger la revelación se hace posible en la medida en la que el amor nos acerca al encuentro con Dios y nos involucramos responsablemente con Él. **Se trata de una nueva existencia en la que se nos regala el descubrimiento de estar fundados y vivir para Otro**.

Pablo en la carta a los Gálatas declara que lo que vale en Cristo es “la fe que se realiza por el amor” (5,6). De la misma forma, la primera carta de Juan: “Quien no ama no conoce a Dios porque Dios es amor” (1Jn 4,8).

Un amor ilimitado de Dios a la humanidad

La Encarnación es la revelación fundamental del Nuevo Testamento. Es el misterio que lleva consigo la revelación de la divinidad de Cristo y, en consecuencia, de la Trinidad.

El libro del Éxodo presenta la intervención libertadora de Yahvé en el contexto de la fidelidad a la Promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob. Más aún, esta iniciativa del Señor se complementa con el ofrecimiento de la Alianza, que significará el paso del

dominio del señor que esclaviza a una nueva situación: la de ser el Pueblo del Señor que da la libertad.

El Antiguo Testamento explicita en muchos textos que el obrar de Yahvé está motivado por el amor a su pueblo. Oseas canta este amor de Yahvé por su pueblo en dos capítulos preciosos, el segundo y el once, donde **la fidelidad inquebrantable del amor se hace ternura, perdón, misericordia y, finalmente, alianza**. En la misma línea están Isaías, 5 y 9, y Ezequiel, 16, por citar algunos de los textos más significativos en que se ponen en contraste el amor fiel del Señor y la infidelidad de su pueblo.

Pero es en el Nuevo Testamento donde aparece con toda claridad **la fuerza ilimitada del amor de Dios**. Y son los escritos de Juan y de Pablo donde mejor se refleja la reflexión cristiana sobre este tema.

El texto definitivo lo constituye la declaración del capítulo tercero del Evangelio de Juan:

“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3, 16-17).

La carta a los Romanos nos recuerda que la misericordia de Dios se hace más patente precisamente porque Él actuó cuando “nosotros aún éramos pecadores”:

“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8).

Este amor de Dios es el que inspira el himno con que Pablo concluye el capítulo octavo de su carta a los Romanos, en el que afirma:

“ninguna criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 8,39).

Y la misma experiencia llevará a Juan a formularlo de otra forma, con una síntesis insuperable:

“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo” (1 Jn 4, 8-10).

LAS RELACIONES DE JESÚS: Inclusión y mesa compartida.

Jesús inicia el camino del reino ofreciendo la palabra a los hombres y mujeres de su pueblo allí donde se encuentran, donde aman y donde sufren, donde luchan y se afanan, en el borde de una vida amenazada por la injusticia, la expulsión y la enfermedad. En el mismo centro de su tierra, campos y aldeas, inicia un camino de seguimiento y ofrece su palabra y banquete de reino a los que estaban más amenazados: “Sal a las plazas y calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a los ciegos y cojos... Sal a los caminos y lugares despoblados y oblígales a entrar, hasta que se llene mi casa” (Lc 14,21-23).

Jesús promueve el **banquete del reino**. Por eso lo anuncia como cena de amor y sale por las plazas y campos invitando a todos.

Son muchos los que se acercan a escuchar sus palabras. Bastantes le llevan familiares enfermos o le piden que vaya a sus casas para curar a algún ser querido. No hay duda de que Jesús movilizaba a las gentes y provocaba su entusiasmo.

No es difícil escuchar a Jesús pues lo hace en lugares cercanos para la gente, a orillas del lago, mientras van de camino, en las plazas pequeñas de las aldeas, compartiendo el pan,... En ocasiones también busca lugares más tranquilos. Y, muchas veces, en la sinagogas, cuando los vecinos se reúne para celebrar el sábado.

Tras la experiencia del desierto, **Jesús va a Galilea** (lugar de su procedencia Mc 1,19). No se queda en el desierto, como Juan o los esenios. No pretende que sus seguidores se alejen de este mundo, para realizar un tipo de existencia fuera de su tierra. Al contrario, Jesús busca a las personas en su propio ambiente, en medio de sus ocupaciones y tareas, **ofreciéndoles algo que ellos no tenían: la llamada del reino**.

Aunque le escuchan con admiración, es difícil aceptar su mensaje. Otros muchos sí lo aceptan y con él sienten que llega el reino que Jesús anuncia.

Jesús se dirige de un modo especial a los más pobres, los enfermos, impedidos, aquellos que no pueden realizarse por el peso de la sociedad o de su angustia personal. Así actúa como médico de Dios: habla a los enfermos de manera que ellos mismos tengan fe y se curen. No les quita su responsabilidad, no les suprime sus problemas. Les da fuerza y les capacita para que descubran la fuerza de Dios que llevan dentro y la desplieguen desde el centro de su vida.

La transmisión de sus palabras y sus hechos es expresión del Reino. Jesús anuncia **un acontecimiento que pide ser escuchado y atendido pues lo puede transformar todo**. Él lo está ya experimentando e invita a todos a compartir su experiencia: Dios está tratando de introducirse en la historia humana. Es lo mejor que nos podía suceder. «*El reino de Dios está cerca. Cambiad de manera de pensar y creed en esta Buena Noticia*» (Mc 1, 15). Todos los investigadores piensan hoy que esto que Jesús llama «reino de Dios» (*malkutá d'alaha*) es el corazón de su mensaje, la pasión que animó toda su vida, la razón por la que fue ejecutado. Y, naturalmente, este «reino de Dios» no es una religión. Va más allá de las creencias, los preceptos y ritos de cualquier religión. Es una experiencia nueva de Dios que lo resitúa todo de manera diferente. Si de Jesús nace una nueva religión, como de hecho sucedió, tendrá que ser una religión al servicio del proyecto de Jesús para el mundo⁹.

⁹ J.A. Pagola, *La alternativa de Jesús*, (inédito) Loyola 2005.

UNA FAMILIA NUEVA

José A. Pagola¹⁰

«Dentro de aquel grupo de seguidores hay personas de diferente procedencia, pero Jesús los ve a todos como una familia. La nueva familia que Dios quiere ver crecer en el mundo. En torno a él van a aprender a convivir, no como aquella familia patriarcal que han dejado atrás, sino como **una familia nueva, unida por el deseo de hacer la voluntad de Dios**. Jesús lo decía abiertamente: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre»¹¹.

No les unen lazos de sangre ni intereses económicos. No se han juntado para defender su estatus social; su honor consiste en hacer la voluntad del Padre de todos. No es una familia estructurada jerárquicamente: **entre ellos reina la igualdad**. No es una familia encerrada sobre sí misma, sino **abierta y acogedora**. Sin duda, estos son los dos rasgos que más cuida Jesús entre sus seguidores y seguidoras: la igualdad de todos y la acogida servicial a los últimos. Esta es la herencia que quiere dejar tras de sí: **un movimiento de hermanas y hermanos al servicio de los más pequeños y desvalidos**. Este movimiento será símbolo y germen del reino de Dios.

En esta familia no hay maestros de la ley. Su movimiento no ha de estar dirigido por letrados que guíen a gentes ignorantes. **Todos han de aprender de Jesús. Todos han de abrirse a la experiencia del reino de Dios**. Jesús se alegra precisamente de que a Dios le agrada revelarse a los más pequeños: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las ha dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien»¹². En esta nueva familia no hay tampoco padres que imponen su autoridad patriarcal sobre los demás. Nadie ejercerá en su grupo un poder dominante. Nadie ha de llamarse ni ser padre. En el movimiento de Jesús desaparece toda autoridad patriarcal y emerge Dios, el Padre cercano que hace a todos hermanos y hermanas. Nadie está sobre los demás. Nadie es señor de nadie. **No hay rangos ni clases**. No hay sacerdotes, levitas y pueblo. No hay lugar para los intermediarios. Todos y todas tienen acceso directo e inmediato a Jesús y a Dios, el Padre de todos.

El clima que se respira junto a Jesús está muy lejos de la estructura jerárquica de Qumrán. En la comunidad del desierto nadie es admitido sin superar el debido examen «sobre su espíritu y sus obras» y la

¹⁰ Transcribo ahora literalmente el texto de Pagola sobre la nueva familia que Jesús nos mostró y creo. La cita exacta es: J.A. Pagola, *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid, 2007, p.290-292.

¹¹ Marcos 3,35

¹² Fuente Q (Lucas 10,21 / Mateo 11,25-26) y Evangelio [apócrifo] de Tomás 61,3. No hay razones para no atribuir el contenido de estas palabras al mismo Jesús, que acostumbra a subrayar de diferentes formas la predilección de Dios por los pequeños y dice que el reino de Dios les pertenece (Marcos 10,13-16).

perfección de su comportamiento; Jesús, por el contrario, llama a Leví a incorporarse directamente al grupo desde su mesa de recaudador, y acoge entre sus seguidores a María de Magdala, la mujer que ha estado poseída por espíritus malignos. En Qumrán, cada miembro de la comunidad tiene asignado su propio lugar: «El pequeño obedecerá al grande» y todos «se someterán a la autoridad de los hijos de Sadoc, los sacerdotes que custodian la Alianza»; en la familia de Jesús, por el contrario, **no hay laicos que se someten a sacerdotes ni pequeños que obedecen a grandes; el ideal es «hacerse niño», pues «de los que son como los niños es el reino de Dios»**¹³. En las comidas y reuniones de Qumrán, cada uno se sienta en el lugar que le corresponde según su rango: «Los sacerdotes se sentarán los primeros, los ancianos los segundos y el resto del pueblo se sentará cada uno según su rango». Con Jesús es diferente. **Sus seguidores, hombres y mujeres, se sientan en corro alrededor suyo; nadie se coloca en un rango superior a los demás; todos escuchan su palabra y todos juntos buscan la voluntad de Dios. No se guarda tampoco ningún ritual ni normativa jerárquica en las comidas; a nadie se le reserva un lugar privilegiado en los banquetes de Jesús**¹⁴.

Dentro de esta igualdad fraterna tampoco hay diferencias jerárquicas entre varones y mujeres. No se las valora a estas por su fecundidad ni se las desprecia por su esterilidad. Jesús nunca habla de su pureza o su impureza. No están en el grupo para someterse a las órdenes de los hombres.

Nadie tiene autoridad sobre ellas por el hecho de ser varón. **Hombres y mujeres, hijos e hijas de Dios conviven con igual dignidad al servicio de su reino.**

Por eso en ninguna de las tradiciones evangélicas se presenta a alguien desempeñando algún tipo de función jerárquica dentro del grupo de discípulos. Jesús no ve a los Doce actuando como «sacerdotes» con respecto a los demás. No imagina a sus seguidores viviendo según el sistema jerárquico del templo: un sumo sacerdote, sacerdotes de diferentes linajes y un conjunto de levitas. El tipo de relación que quiere promover entre ellos se parece todavía menos al modelo jerárquico vigente en las estructuras políticas del Imperio. Entre sus seguidores quedan invertidos los valores normales de aquella sociedad. **La grandeza no se mide por el grado de autoridad que uno pueda ejercer, sino por el servicio que ofrezca a los demás.** Jesús le otorga el puesto más distinguido al esclavo, el que ocupa el nivel más bajo en el Imperio: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero

¹³ Marcos 10, 14b

¹⁴ En una parábola recogida solo por Lucas 14,8-10, Jesús invita a ocupar el último puesto en los banquetes. La parábola probablemente no es de Jesús, pero la sentencia con la que se concluye es un dicho que circuló de manera independiente y expresa una idea querida a Jesús: «Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lucas 14,11).

entre vosotros, que sea esclavo de todos»¹⁵

Así imagina Jesús a su familia de seguidores: un grupo de hermanos y hermanas que le siguen para acoger y difundir la compasión de Dios en el mundo. Jesús ni pudo ni quiso poner en marcha una institución fuerte y bien organizada, sino un movimiento curador que fuera transformando el mundo en una actitud de servicio y amor. No pensó en buenos gobernantes ni en doctores expertos. No buscó buenos mandos ni hábiles estrategias. Su primera preocupación es dejar tras de sí un movimiento de hermanos y hermanas, **capaces de vivir sirviendo a los últimos.** Ellos serán el mejor símbolo y la semilla más eficaz del reino de Dios.»

Encuentros que buscan vida

Los personajes que se encuentra con Jesús en el evangelio de Juan están buscando vida. “Hemos encontrado al maestro” anuncia Andrés a Simón Pedro así como Felipe: “Lo hemos encontrado”. **Este grito del corazón pone de manifiesto que esperan y buscan algo profundo y verdadero. Esta exclamación contiene la alegría del descubrimiento, el fin de una búsqueda y el comienzo de la esperada vida.** ¡A quien esperaban y deseaban ya lo tienen con ellos! Al final del camino, el Maestro les dirá “No os llamo ya siervos... a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” y la forma en la que se nos ha dado a conocer es acogiendo nuestra condición y entregando la vida hasta el extremo.

A **Natanael** se le muestra de una forma cercana, entrando en relación con lo más profundo de si mismo y podrá experimentar que Jesús es verdaderamente lo que andaba buscando.

Nicodemo se presenta ante Jesús con el deseo de comprender la vida que de él procede; junto al pozo, **la samaritana** descubre en Jesús el agua viva, manantial inagotable. Ambos son invitados a creer en Jesús y nos ayudan, a través de sus preguntas, a conocer quién es Jesús en realidad y cómo es la vida que él nos ofrece. Un agua viva que es la única que puede saciar una sed profunda y da a su existencia humana un impulso nuevo y creador.

A **la muchedumbre** a la que ha saciado de pan, le propone un alimento que perdura, un pan de vida que sacia para siempre.

Marta y María se rebelan contra la crueldad de la muerte de su hermano Lázaro y reprochan a Jesús no haber defendido la vida de su amigo. A las dos hermanas desconsoladas que sueñan con una vida donde los lazos más queridos no sean jamás separados, Jesús demuestra que está inundado por una fuerza de vida capaz de superar la muerte y su poder destructivo.

A los pies de la cruz, la madre de Jesús y el discípulo amado reciben la promesa

¹⁵ Marcos 10,42-44. En el origen de estos dichos está el deseo manifestado por Jesús a sus discípulos: «El que aspire a ser grande, que se ponga a servir». La idea de que el esclavo será *considerado el primero* sólo puede ser suya. La redacción de Marcos ha nacido en el contexto de las rivalidades surgidas en la primera comunidad cristiana.

fraterna de la vida en relación y la misión de recibir como nuestro al otro.

María Magdalena y Tomás en sus encuentros con el Resucitado nos muestran la vida nueva y desbordante. En Tomás se presenta la duda razonable: “Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta de su costado, no lo creeré”, tras el encuentro con el resucitado puede exclamar “¡Señor mío y Dios mío!”.

Hoy nos acercamos de nuevo a María Magdalena, testigo de primera hora. Su encuentro con Jesús es un encuentro de vida y en ella recibimos toda la invitación a vivir junto a otros siendo Buena Nueva.

“Ve a mis hermanos y diles...”

María Magdalena representa la mujer enamorada. Ser discípulos y discípulas es sentir esa fuerte atracción por Jesús, esa fascinación del corazón.

Si preguntáramos en la calle sobre la identidad de María Magdalena ¿qué respuesta encontraríamos? ¿qué imagen se ha ido mostrando de ella?

Lamentablemente, la mayoría de los escritos sobre María Magdalena, novelas, mitos, leyendas, películas, arte... poco tienen que ver con lo que realmente fue esta testigo de primera hora. ¿Cuántos la nombrarían como discípula o amiga de Jesús?

Pero incluso dentro del cristianismo, tal vez hemos heredado con demasiada fuerza la imagen de una María, la de Magdala, contrapuesta a María de Nazaret, desvirtuando la importancia y testimonio de estas dos mujeres. A María de Nazaret se le subrayó de un modo exagerado su carácter virginal, sin apenas alusiones a lo más importante: su fidelidad. A María Magdalena, en el otro polo, nos la presentaron como la prostituta arrepentida, por la confusión de personajes que nombran los evangelios y, principalmente, por *la confusión* que pudo generar reconocer a una mujer impulsora del seguimiento de Jesús en los orígenes del cristianismo.

¿Qué sabemos de María Magdalena?

Sabemos que era Magdala, una importante y gran ciudad de Galilea, de la orilla noroeste del Lago de Genesaret. Parece ser que no vivía en su pueblo porque siempre era nombrada junto a su origen. El evangelio de Lucas nos cuenta que fue curada de una grave enfermedad. En su época se decía de algunos enfermos que estaban poseídos por demonios, ella debía estar bastante enferma pues ni más ni menos que siete. Debió encontrarse con Jesús en uno de los caminos de Galilea. Muchas veces embarcaría en Magdala para cruzar a Cafarnaún. Tras este encuentro todo cambió radicalmente; el dolor alumbró la solidaridad y la vida entregada, y se convirtió en “una de los suyos”. **Encontrarse con Jesús fue para ella comenzar a vivir.**

Perteneció al grupo de los más cercanos e íntimos de Jesús que iban con él y proclamaban el reino de Dios. Podemos intuir que participó de muchas conversaciones con el maestro, compartió el pan y el vino y haría fiesta junto con los que se iban agregando en el camino.

Esta mujer que experimentó la misericordia de Dios, la liberación y la salvación de la llegada del Reino, acompañó junto a los otros discípulos y discípulas a Jesús en su último viaje a Jerusalén. María Magdalena es presentada como la más importante entre el grupo de mujeres. Al llegar el momento de mayor dificultad, junto a otras mujeres, permanece cercana al Maestro presenciando su muerte, permaneciendo al pie de la cruz. **El momento de dolor extremo se convierte en momento de amor extremo.** En medio del dolor y desconsuelo, conducidas por el amor al maestro, hacen duelo por él y van al sepulcro donde lo han colocado la noche anterior. Al llegar encuentran el sepulcro vacío y van rápidamente a comunicar este hecho a los otros discípulos. Como resultado de esta vivencia María Magdalena se va a convertir en testigo de la vida del Señor.

SE HAN LLEVADO DEL SEPULCRO AL SEÑOR Y NO SABEMOS DÓNDE LO HAN PUESTO

El primer día de la semana, por la mañana temprano, todavía en tinieblas, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada, se volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús tanto quería. Les dijo:

- Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto. Pedro y el otro discípulo se fueron rápidamente al sepulcro. Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro y llegó antes que él. Al asomarse al interior vio que las vendas de lino estaban allí; pero no entró. Siguiéndole los pasos llegó Simón Pedro que entró en el sepulcro, y comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó.

Jn 20, 1-9

María va al sepulcro muy de madrugada, no puede vivir sin Jesús. Pero aún hay tinieblas, María va a buscar a Jesús en el sepulcro y no se da cuenta que el día ha comenzado ya. Aparece con gran claridad la alusión al Cantar de los Cantares:

“En mi cama, por la noche, buscaba el amor de mi alma: lo busqué y no lo encontré... por las calles y las plazas... lo busqué y no lo encontré”

(Es importante recordar estas alusiones al Cantar pues crearán el trasfondo para la escena del encuentro entre María y Jesús resucitado).

María se acerca al sepulcro rota por el dolor, al llegar ve la piedra del sepulcro rodada. El corazón le da un vuelco y va corriendo a decírselo a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel a quien Jesús quería. Va a avisarles por separado. Tal y como Jesús lo había anunciado, su muerte ha provocado la dispersión (16,32 *“se acerca la hora, y ya está aquí, de que os disperséis cada uno por vuestro lado y a mí me dejéis solo”*).

La comunidad se siente perdida sin Jesús. Hay una actitud de búsqueda, pero buscan a un Señor muerto. ¡Nueve veces se menciona la palabra sepulcro en este texto!

El sepulcro, la losa, el discípulo amigo de Jesús relacionan este episodio con el de Lázaro. Allí Jesús mandó quitar la losa y desatar a Lázaro, aquí encuentran que la losa está quitada y que los lienzos ya no atan a Jesús. Deberían pensar que se ha marchado por sí solo. Pero, como entonces Marta y María, los discípulos no pueden creer que la vida pueda superar a la muerte.

Pedro se siente ahora seguro siguiendo al discípulo fiel, el que es amigo de Jesús marca el camino. El discípulo no entra en el sepulcro, cede el paso a Simón Pedro. Habiendo seguido a Jesús dispuesto a morir con él, no afirma su superioridad frente a quien lo ha negado, lo deja entrar antes para que exprese primero su amor a Jesús. Tras el arresto de Jesús, él lo había conducido (18,16); ahora debe acercarse a Jesús en un encuentro personal, sin intermediarios.

VE A MIS HERMANOS Y DILES

Los discípulos regresaron a casa. María, en cambio, se quedó allí, junto al sepulcro, llorando. Sin dejar de llorar, volvió a asomarse al sepulcro. Entonces vio dos ángeles, vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Los ángeles le preguntaron:

- Mujer, ¿por qué lloras?

Ella contestó:

- Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

Dicho esto, se volvió hacia atrás y entonces vio a Jesús que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó:

- Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién estás buscando?

Ella, creyendo que era el jardinero le contestó:

- Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo misma iré a recogerlo.

Entonces Jesús la llamó por su nombre:

- ¡María!

Ella se acercó a él y exclamó en arameo:

- ¡Rabboni! (que quiere decir Maestro).

Jesús le dijo:

- No me retengas más, porque todavía no he subido a mi Padre; anda, vete y diles a mis hermanos que voy a mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios, que es vuestro Dios.

María Magdalena se fue corriendo a donde estaban los discípulos y les anunció:

- He visto al Señor.

Y les contó lo que Jesús le había dicho.

Jn 20, 10-18

Los dos discípulos se marchan a casa, María permanece junto al sepulcro. Está desconsolada, el texto insiste en sus lágrimas. Lágrimas de dolor, de ausencia, lágrimas

de amor. Siente la pérdida como si le desgarraran el alma, como si se hubieran llevado una parte de sí misma. Rota, presa por el dolor se cierra en la ausencia y no es capaz de abrirse a otra experiencia. Sin embargo, algo sigue vivo en el corazón de María y sin interrumpir el llanto sigue buscando...

“Me levanté y recorrí la ciudad buscando al amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré.

Me han encontrado los guardias que rondan por la ciudad: ¿Visteis al amor de mi alma?” (Cant 3,2s)

A diferencia del texto del Cantar no es María la que pregunta a los guardianes, sino ellos a María: *¿por qué lloras?* Con esta pregunta intentan sacar a María de su dolor y abrirla a una nueva realidad. Se dirigen a ella con el apelativo *Mujer*, que Jesús había repetido a su madre en Caná y en la cruz, y con la samaritana.

Cuando María vuelve la mirada y ya no la dirige hacia el lugar de la muerte ve a Jesús. Sin embargo, sigue sin reconocerle y continúan las preguntas *¿a quién buscas?* La misma pregunta que Jesús había hecho a los primeros discípulos *“¿qué buscáis?”*.

Jesús la llama por su nombre y ella lo reconoce por la voz.

“Estaba durmiendo, mi corazón en vela, cuando oigo la voz de mi amado que me llama: ¡Ábreme amada mía!” (Can 5,2)

Al oír la voz de Jesús y reconocerlo, María se vuelve del todo, no mira más al sepulcro, que es el pasado; **se abre para ella la nueva creación que comienza**. María escucha y reconoce a Jesús como el Maestro, su Rabboni.

“¡Encontré al amor de mi alma: lo agarré y ya no lo soltaré!” (Cant 3,4)

La alegría del encuentro hace olvidar a María que su respuesta a Jesús ha de ser el amor a los demás. Juan está llamando a la realidad a las comunidades cristianas, aún no se encuentran en el estadio final, sino en el de la misión (20,21).

Jesús interrumpe el deseo de unión definitiva de María para enviarla a dar un mensaje a sus hermanos, **tiene una palabra que ofrecerles a través de María**. Como lo expresó en el lavatorio de los pies (13,5), él constituye una comunidad de iguales. El amor entre ellos y los suyos es un amor fraterno: sus amigos (15,15) son también sus hermanos. Como les había anunciado Jesús, sube ahora al Padre para prepararles el lugar. *“A mi Padre, que es vuestro Padre; a mi Dios que es vuestro Dios”* No reconocen a otro Dios más que el que ha manifestado en la cruz su amor a toda la humanidad.

El anuncio de María parte de la experiencia personal de encuentro con Jesús. Con este mensaje comienza la nueva comunidad de hermanas y hermanos.

- María Magdalena es la mujer que está al lado del maestro y participa de su proyecto de reino.

- Es la mujer que está al lado de los que mueren y les acompaña en su sufrimiento hasta el final.

- Es la mujer que puede girar su mirada hacia la llamada del Maestro, anunciar la vida a sus hermanos, ¡recuperar la palabra! y generar una comunidad de iguales.

Reflexión compartida: “Les contó lo que Jesús le había dicho”

LA RELACIÓN Y EL ENCUENTRO, CAMINOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN.

*Versos humanos, ¿por qué no? Soy hombre
y nada humano debe serme ajeno.
Pena, amor, amistad. Si hay quien se asombre,
si hay quien se escandalice, es que no es hombre.¹⁶*

Preocupación inicial ante la nueva evangelización:

Generemos procesos de cambio desde la propia conversión. Convertirnos a Dios y al ser humano.

Honestamente, ¿qué nos preocupa?:

¿La dimensión secular de la sociedad? ¿la pérdida del poder que generaba la cultura de cristiandad? ¿El fracaso de algunas mediaciones, especialmente las más institucionalizadas? (Nos preocupa el poder).

¿El oscurecimiento de la imagen de Dios que dificulta la experiencia de Encuentro misericordioso? ¿La recreación de estructuras generadoras de comunidades de iguales? ¿La presencia de injusticias y sufrimiento en nuestro mundo? (Nos preocupa el amor).

Condiciones previas para una nueva evangelización:

- **La identificación Evangelio y Reino de Dios.** “Jesús caminaba por pueblos y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios” (Lc 8,1; cf. Mt 4,23)

- **El entusiasmo de la gente más sencilla, más pobre y sufriente.**

Lo que Jesús anunciaba y ponía en práctica era “algo” que provocó un entusiasmo desbordante y masivo entre los más sencillos y pobres. Quienes se entusiasmaron con el anuncio del Reino de Dios fueron las gentes más sencillas, los empobrecidos, los excluidos de la sociedad del tiempo de Jesús. (Le seguía la “muchedumbre del pueblo” y el “gentío” Cf. Mc 4,1; Mt 4,25; Lc 5, 1; etc.).

Creer que es posible hoy.

La vivencia de la fe no es ajena a las condiciones cambiantes de los tiempos, al ambiente cultural que envuelve a las personas, a sus **vivencias de relación y encuentro**. Las diversas mediaciones son clave a la hora de vivenciar la fe.

Al pensar en cómo compartimos la fe tenemos que tener en cuenta en el mundo de hoy hay una gran nostalgia de Infinito o de Absoluto y **hay un gran anhelo de**

¹⁶ Gerardo Diego en Versos humanos, glosando a Terencio.

experiencia de sentido e incluso de experiencias místicas de sentido. Pero tampoco podemos olvidar que no hemos sido capaces, como creyentes, de responder adecuadamente a esas nostalgias y tampoco hemos integrado el ideal humanizador de la sociedad moderna y secular ¿Tan desafortunada ha sido y sigue siendo la transmisión del Evangelio? La pregunta sigue presentándose de modo urgente y desafiante para nosotros.

Por un lado, la cultura moderna ha relegado la fe al ámbito de lo privado. No se le otorga espacio público con la consiguiente dificultad para la recepción de la fe pues se considera incompatible con la modernidad. Ser creyente sería como renunciar a ser moderno.

En segundo lugar, la fe no sólo no es lo obvio o lo normal, sino que es lo contracultural. Esto añade complicación porque tiene que realizarse a la contra, contraculturalmente, contra todos los signos visibles, contra los rasgos más llamativos de la cultura de los medios, de la calle, de la acción política y educativa,...

Todo ello lo podemos contemplar como amenaza o como posibilidad. La desconfesionalización de la cultura moderna hace posible que la fe deje de ser una herencia sociológica para convertirse en una experiencia personal. Hoy la fe no es un patrimonio que se hereda, como se heredan otros patrimonios materiales y culturales. Hoy la fe está llamada a ser un itinerario personal, un búsqueda. Algo más relacionado con la vocación y proyecto que con lo no cuestionado y asumido. Eso es oportunidad porque puede ser cauce para eliminar muchos dioses falsos.

Tal vez el principal problema es lo mucho que nos cuesta salir de nosotros mismos para encontrar horizontes que nos lleven más allá de nosotros o más en nosotros pero desde otra perspectiva, que nos lleve más allá de los deseos inmediatos, de las esperanzas a corto plazo. El Evangelio invita a ir más allá, incluso invita a salir de la propia tierra e ir a una tierra desconocida y prometedora¹⁷.

No podemos transmitir el don de la fe a nadie, pero sí podemos crear las condiciones favorables para que otras personas puedan realizar el itinerario o camino de la fe. Si tomamos en serio el misterio de la Encarnación debemos cuidar las mediaciones históricas. La evangelización debe realizarse más desde el compartir una experiencia de vida que en la transmisión de un simple doctrina. Todos compartimos esta visión de la evangelización, pero la vida nos va diciendo que estamos todavía muy lejos de disponernos a hacer realidad esta convicción.

La relación y el encuentro se presentan como mediación esencial para compartir y alentar la fe.

El encuentro es una actitud interior, una manera de ser.

«En el encuentro no hay itinerarios previos. Tan importante como la meta es el punto de partida. Es una exigencia evangélica y por lo tanto no podemos poner fronteras ni límites. Es un proceso abierto porque participamos de un misterio insondable y nuestra fe nos reta a ir más allá de las fronteras. Quizás comenzaremos a ser verdaderamente cristianos cuando nosotros demos diez

¹⁷ Juan Martín Velasco, *Op. Cit.*

pasos aunque el otro dé uno solo. Dialogar, convivir, dar sin la certeza de esperar reciprocidad, manifiesta la mayor gratuidad a la que nos invita nuestra fe. Una de las resistencias más tenaces de la opción cristiana es la suposición de que no hay reciprocidad. Sin embargo, la reciprocidad positiva no está en el punto de partida, sino en el término de un camino de gratuidad, pues con el amor no se comercia, no se compra ni se vende, se ofrece gratuitamente. El encuentro es una actitud interior, una manera de ser, “pues los diques de nuestro corazón han cedido”.»

[...]

“La convivencia hace estrellar definitivamente la estrechez de miras y el egoísmo doméstico para abrirnos a un espacio humano en donde habitar junto a los otros. Anhelamos ser con los demás algo más que islas, tender puentes entre las diferentes sensibilidades, condiciones, hábitos, ideologías y religiones, porque lo que en verdad nos une no es otra cosa que el afecto y el reconocimiento”.

[...]

El proceso migratorio está hoy al borde del acantilado y requiere transitar ya desde ahora otras rutas para convertir este presente en el germen de otra historia. Detrás de cada inmigrante hay sueños e ilusiones; con ellos viajan culturas, civilizaciones y religiones que amplían las oportunidades vitales de todos. Avanzando en la convivencia nos daremos cuenta de que somos como los icebergs que tienen tres cuartas partes de su densidad vital debajo del agua. Hay mucho que descubrir, hay que abrir otros ojos para ver lo que no se ve y otros oídos para escuchar otras melodías.» (Teresa Losada)¹⁸

En el encuentro me transmitía que ella creía todo aquello:

“Quedamos en encontrarnos un día en Barcelona, en una plaza del barrio de Sants. Nos encontramos en uno de esos bares de barrio, vetusto y dejado. Recuerdo que había una tele a todo volumen, porque había fútbol y jugaba el Barça; y el bar estaba lleno de humo y de gente que hablaba a gritos. Y en una mesa, en medio de este ambiente, Mercè y yo estábamos tomando una manzanilla. No recuerdo bien qué le debí de explicar: imagino que le debí de hacer un resumen de todo lo que aquí llevo escrito, sobre todo de mis inquietudes y de mis dudas. En un momento dado le dije: «Es que yo creo que estoy buscando a Dios». Mercè me miró con aquellos ojos suyos tan alegres y llenos de vida, y me respondió: «No, Laura, es que Dios te está buscando a ti».

Jamás me había podido imaginar que yo pudiera oír una frase como esta. En toda mi vida no me habría podido pasar por la cabeza que todo un Dios, creador del universo, del cielo y de la tierra, me pudiera andar buscando a mí, pobre persona totalmente perdida, que no sabía ni cómo encontrarse a sí misma ni que camino debía tomar para hacer su vida. ¿Todo un Dios buscándome a mí? Muy bello. ¡Demasiado bello para creerlo!

Pero..., en los ojos de Mercè, en su voz, en su manera de mirarme, de

¹⁸ Teresa Losada. *El diálogo en la vida cotidiana*, Cuadernos Cristianismo y Justicia n° 179.

escucharme y de hablarme, había una creencia profunda y vivida en lo que me estaba diciendo. No era sólo que me lo dijera, sino que me transmitía que ella creía todo aquello; y esta fe suya me cautivaba”.

[...]

Entré. Los que estaban allí me ofrecieron una acogida muy cálida, cosa que me reconfortó y me dio confianza: nadie me preguntó por qué había llegado tan tarde, ni me preguntaron si iba a quedarme. Sólo recibí la alegría de hallarme entre ellos.

(Testimonio ¿por qué volví a la fe?)¹⁹

Me defendieron y acogieron:

“Quise a esos hermanos curas que, además de compartir horas de conversación, inquietudes y mucha esperanza conmigo, me defendieron y acogieron con grave riesgo para sus personas y sin pedirme nada a cambio. Durante más de un mes me escondieron de la policía que, meses después, me detuvo y encarceló, con graves perjuicios para ellos.

[...]

El silencio, los largos paseos, la lectura y poder contar mi experiencia de esos momentos, me permitieron descubrir, pero no conscientemente, que había vuelto a la “Casa del Padre” y que su acogida era entusiasta y contagiosamente alegre. Así fue y así lo viví. Y la coraza que rodeaba y protegía mi corazón se desintegró de inmediato. Mi corazón de carne sangró y se esponjó, cálido y conmovido, pero feliz. Y mis ojos le vieron, sentí su caricia y calor, su abrazo infinito, y comprendí que nunca encontraría con la razón el motivo de su infinita misericordia y su capacidad de perdón.

Así reconocí al Jesús que no anuncia el juicio implacable de Dios, sino la proximidad del Padre que perdona. Al Reino de Dios en el que los pobres son sus preferidos porque misericordia y compasión encierran el núcleo de su mensaje, tanta es su bondad. Porque su justicia no es la justicia humana en la que debe primar la imparcialidad, sino la de Dios, que favorece al más débil”.

(Testimonio ¿por qué volví a la fe?)²⁰

¹⁹ *¿Por qué volví a la fe? Cuatro testimonios. Cuadernos Cristianismo y Justicia n° 159.*

²⁰ *Íbid.*

La fe que nace del encuentro: Testigos que reconocen, se ponen en camino, crean comunidad y anuncian al Dios vivo.

Lc 24,13-35

En aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos. Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. El les dijo:

- ¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?

Ellos se detuvieron entristecidos, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:

- ¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

Él les preguntó:

- ¿Qué ha pasado?

Ellos contestaron:

- Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo:

- ¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?

Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. Al llegar a la aldea a donde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciendo:

- Quédate con nosotros, porque es tarde y está anochecido.

Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro:

- ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?

En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, que les dijeron:

- Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Aquel mismo día, dos de los discípulos...
(v. 13a)

Los primeros personajes que aparecen en esta escena son dos discípulos. No son miembros del grupo de los Once, como quedará definitivamente claro en el v. 33²¹, sino pertenecientes al grupo más amplio designado en el v. 9b²² “todos los demás”. Esto quiere decir que tienen relación con los acontecimientos de la Pascua.

***Mientras hablaban y se hacían preguntas,
Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos***
(v.15)

Ellos iban conversando de todo lo sucedido, se hacían preguntas sobre los acontecimientos, estaban en camino, todo lo vivido les bullía por dentro, la inquietud no les dejaba parar de hablar. La salida de Jerusalén había sido seguramente precipitada, sin poder meditarla y sopesar las consecuencias, sino más bien fruto de la frustración que vivían. Ahora le vienen recuerdos, sentimientos, pensamientos, vivencias a las que todavía no ponen nombre.

Jesús se acerca y se incluye en aquello que les conmueve y viven, se va a interesar por lo que significa esto en sus vidas, hacía dónde les conduce, por dónde andan.

Él les dijo: ¿qué conversación es la que lleváis por el camino?
(17a)

Nos encontramos con un caminante-acompañante, no pregunta para informarse, ni hace preguntas convencionales o de cortesía. Jesús hace “la pregunta de la vida”. Va directo hacia aquello que les tiene ocupados, lo que les tiene afectados (afectiva y efectivamente): ¿qué conversación es la que lleváis por el camino? Esto es como preguntarles ¿qué significa lo que conversáis para vuestra vida? ¿a dónde conduce el camino que lleváis? ¿por dónde va vuestra vida? ¿en qué etapa del camino estáis? ¿cómo vais procesando lo vivido?

***Al llegar a la aldea a donde iban,
Jesús hizo ademán de seguir adelante***
(v. 28)

El camino va tocando su fin. El pueblo de destino está próximo. De nuevo Lucas nos habla de cercanía, proximidad, acercarse al lugar. Pero los discípulos no están igual que cuando iniciaron el viaje, algo les ha ido pasando en el camino, la conversación con el compañero de camino les ha hecho reposar lo acontecido, escuchar su historia en clave de relato bíblico. Ahora Emaús va a ofrecerles algo diferente a lo que ellos esperaban. Jesús hace como que ya ha terminado su caminata con ellos, toma postura de seguir hacia otro lado y ellos reaccionan.

²¹ “En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a todos los demás”.

²² “Al volver del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás”.

***Pero ellos le insistieron diciendo:
Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.
Y entró para quedarse con ellos
(29)***

Los discípulos desean seguir compartiendo con quien les había escuchado, preguntado, alentado y confortado en el camino. El texto da a entender que habitan la misma casa y que están de acuerdo con la invitación a Jesús, conjuntamente le insisten ¡Quédate! El día ha declinado y la llegada de la noche introduce el simbolismo del reposo, de la calma, de la ofrenda. Por otro lado, Lucas nos ha acostumbrado a las comidas vinculadas con la caída del día. El paralelo más claro es la multiplicación de los panes en 9,12-17, ya que el marco temporal está fijado en los mismos términos: “el día empezó a caer”. También Jesús había celebrado la nueva Pascua con sus discípulos en la comida de la tarde (22,14-38).

Pero no hay que perder de vista la insistencia de los discípulos antes de sentarse a la mesa: ¡Quédate con nosotros! El plural ya está anticipando la mesa que Jesús desea que potenciemos, no una mesa de aislamiento y extrañeza, sino de cercanía, pluralidad, anchura, inclusión.

***Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron,
pero Jesús desapareció de su lado
(31)***

La experiencia que hacen estos caminantes con Jesús es la de “ver”. Se trata, pues, de ver para poder *reconocer* al crucificado en el resucitado, ver para poder creer, se trata de recordar que los ojos de la fe se mueven en una realidad diversa, esta mirada precisa, además de luz exterior, de ojos interiores. El reconocimiento presupone la fe y el amor. Es realizado por los ojos de la fe iluminados y sanados por la gracia, que posibilita descubrir en el crucificado al Señor de la gloria. El reconocimiento deseado presupone también la memoria agradecida, que despierta a golpe de amor, al revivir los gestos de la Última Cena. El recuerdo es el amor que atraviesa de nuevo el corazón y lo enciende, disponiéndolo a “re-conocer”.

La comida se convierte en la fiesta de la cercanía de Dios. En esa fiesta se vuelve evidente quién es Dios para los seres humanos. Ahora se da una certeza: Él ha resucitado y nos acompaña por el camino de la vida.

En seguida que se les abren los ojos Jesús desaparece de su lado. Ahora estos caminantes tienen que aprender a vivir la presencia-ausencia de Jesús, el Señor resucitado, ahora Jesús está para siempre en una presencia nueva. La fe reemplaza la vista, porque ella sola puede confesar la presencia de Cristo resucitado en nuestro mundo. Jesús ya no está al lado de ellos, sino en su mismo corazón, en la raíz de la vida, en lo más profundo de cada persona.

***Y se dijeron uno a otro: ¿No ardía nuestro corazón
mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?
(v. 32)***

Los dos discípulos reanudan la conversación para confirmar la transformación interior

que han vivido. Han pasado del “aire entristecido” al “corazón ardiente”, cambio que todavía no se atreven a confesar. La palabra de Jesús en el camino ha reanimado su existencia. Han vivido un largo proceso de toma de consciencia. Este proceso ha consistido en una nueva apertura.

***En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén,
donde se encontraron reunidos a los once y a todos los demás
(v. 33)***

Quieren comunicar su descubrimiento y compartir su alegría. Su primer gesto consistirá en ponerse en camino, dice el texto: “en aquel mismo instante”. Cuando en el evangelio se utiliza la expresión “al instante” no tiene valor temporal, está referido a seguir a Jesús, es una expresión que habitualmente habla de seguimiento. En otras traducciones bíblicas se dice que se “levantaron”; así lo expresa este texto en su original griego. Este verbo “levantarse” es el mismo que se usa para hablar de la resurrección.

En Jerusalén los dos viajeros encuentran a los “Once y a los que estaban con ellos”. Lucas menciona con frecuencia un amplio círculo de discípulos. Si están reunidos es porque también ellos han pasado de la incredulidad a la fe. Es la confesión de la fe la que los ha reunido como Iglesia en desarrollo.

El encuentro con el Resucitado impulsa a la solidaridad con los otros discípulos que quedaron en Jerusalén. Se puede decir que el acto mismo de la aparición es un gesto de recreación donde Jesús se revela y al mismo tiempo restaura el tejido humano. Es por ello que los discípulos necesitan de la comunidad, van a su encuentro y reencontrarse y comunicar lo vivido.

***Que les dijeron: Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón (v.
34).***

***Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y
cómo lo habían reconocido al partir el pan
(v. 35)***

Lo que constituye a la comunidad-Iglesia no es solamente Cristo de incógnito en los caminos humanos, el rumiar las Escrituras, aceptar enfrentarse a la cruz, la fracción del pan y la comunión fraterna. Es también el grito Pascual: ¡El Señor ha resucitado!

Su existencia ha encontrado sentido. Los discípulos van de vuelta, cuentan una experiencia gozosa, atractiva, que invita a la expansión, que precisa comunicarse, que necesita hacerse testimonio. Es una experiencia que los convoca en comunidad, porque nuestra fe no la vivimos aislados, porque compartimos una misma esperanza, porque el amor que nos arde dentro no se detiene hasta que se da. Se hace así presente la dimensión eclesial. El encuentro de gracia y la nueva vida en fe, esperanza y caridad se hacen fuente y fruto de la vida de comunitaria. Quienes habían traicionado al Maestro y se habían dispersado, se encuentran de nuevo acogidos como amigos y reunidos en comunidad.

La Cena de Emaús es un acontecimiento personal, y eclesial, recibido como don e interpretado como respuesta creyente. Anhelos humano y gracia divina se entretrejen en

esta escena. Esto mismo nos evoca un suceso que nos habla de gentes que esperan, que sueñan, que piensan y dicen, que hablan de frustración y esperanza humanas. Un evento de acogida sencilla entre caminantes perplejos y desencantados, que desde el cansancio y desaliento, son capaces de abrir un espacio para el pan compartido.

Pero, ante todo, el pasaje de Emaús nos muestra el amor que busca con ojos ciegos, y el Amor que se anticipa, se adelanta, se dona, saliendo al encuentro. Porque *sólo el amor es capaz de ver*.

Reflexión compartida:

“Encontraron reunidos a todos los demás y contaron cómo lo había reconocido”.

Conclusión: ¡Hágase! La respuesta compartida de quienes acogen su Palabra

Dios creó todas las cosas a través de su palabra (Gn 1). También Jesús nos recrea a través de ella. Pero hay una diferencia. La *palabra antigua* actuaba por sí sola, diciendo “hágase” y suscitando de esta forma todo cuanto existe. La *palabra nueva* necesita la colaboración y la respuesta de toda la humanidad que aparece como tierra que tiene libertad para acoger o rechazar esa palabra (Mc 4, 4-8.14; Lc 1,38). Por eso la palabra de Jesús sólo es creadora allí donde suscita la respuesta compartida de los hombres y mujeres que la acogen. Dios sigue fecundando de esa forma nuestra tierra para que nosotros mismos podamos asumir la palabra y dar fruto de reino.

La misma palabra se vuelve acción poderosa que cura y anima, penetrando hasta la entraña de lo humano (Heb 4,12-13) y transformando lo que humanamente no podía transformarse.

Desde la pasión por Dios y por la humanidad.

Frente a un cristianismo, como diría Bonhoeffer, “abaratado”, hecho a nuestra medida, que responda a la falsa seguridad personal y/o a la cómoda instalación, el seguimiento de Jesús nos invita a vivir desde la raíz de su llamada, desde donde se vive lo más radical. Desde la entrega apasionada a favor de la vida en dignidad.

Desde los más empobrecidos.

Para comunicarse con la humanidad, a Dios no le basta la palabra de amistad y amor, lleva a cabo una presencia, se muestra actuando. En un mundo marcado por la injusticia estructural, que se concreta en ese abismo creciente que llamamos Norte/Sur, el seguimiento de Jesús, más que nunca, reclama la encarnación, una encarnación en el mundo de los pobres, una inserción en él real y verificable, que permita ser activamente solidaria con su causa y destino. No significa que todos estemos llamados a vivir en los lugares de exclusión, sino que todo nuestro ser y actuar debe estar orientado desde los últimos. Nuestra mirada no es neutral. “Todo es según el dolor con que se mire” afirma Mario Benedetti. Nuestra palabra es eco del grito de dolor de nuestros hermanos, podríamos decir nosotras en el contexto del tema que tratamos. Y esto no es una cuestión meramente ética, sino teológica, nos remite al Dios de la Palabra... o nos aleja de Él.

Desde el espíritu de las bienaventuranzas.

Ante una sociedad vislumbrada por el ejercicio del poder en sus distintas formas, que genera una dinámica de desarrollo que amenaza con la destrucción irreversible del ecosistema, el seguimiento de Jesús tiene que estar animado por el espíritu de las bienaventuranzas, talante que fue sin duda el que animó la vida entera de Jesús.

Desde la dimensión política que tiene la praxis del amor cristiano.

En la situación de apatía, desánimo y cansancio en la que continuamente se nos lanza el mensaje de que la sociedad y el sistema que la configura son intransformables, es necesario destacar la dimensión política que tiene la praxis del amor cristiano en la que se expresa sustancialmente el seguimiento de Jesús.

Desde la esperanza.

Desde dicha situación se nos hace preciso insistir en la necesidad de la esperanza activa como actitud de fondo, capaz de dinamizar el seguimiento y de asumir la lucha por la justicia, a veces mantenida con tanta dificultad. Esta esperanza, al fundarse en la resurrección de Jesús, ha de permanecer incluso en los tiempos más adversos y oscuros.

Desde la mística y la contemplación.

Como señala L. Boff, “el seguimiento de Jesús no se agota en comportamientos éticos”. El Dios de Jesús que es el Dios-amor que reclama justicia, es también el Dios gratuito que irrumpe como don en nuestras vidas y al mismo tiempo permanece como realidad “siempre mayor”, que reclama igualmente atención y escucha siempre nuevas, agradecimiento y súplica. Se escucha y contempla así la presencia salvífica de Dios en la historia.